

CUBA EN ÁFRICA¹

Desde sus orígenes la revolución cubana estuvo decidida a aseverar su independencia. El diseño de la política exterior de la isla fue conformado por un doble estímulo: un deseo revolucionario de multiplicar los frentes de resistencia al imperialismo y el cálculo afinado de que únicamente la generalización de la insurgencia aseguraría la supervivencia de Cuba. Esta decisión se fundaba en un robusto internacionalismo integrado en la herencia radical cubana desde José Martí, como se recogía en la Segunda Declaración de La Habana o en las manifestaciones realizadas por Che Guevara en 1964: «la victoria de cualquier país sobre el imperialismo es una victoria nuestra; al igual que la derrota de cualquier país es una derrota para todos nosotros». En los primeros años de la década de 1960 Cuba incentivó y en muchos casos armó a grupos, *focos*, por toda Latinoamérica —en Venezuela, Argentina, Perú, Nicaragua, Guatemala, Honduras y la República Dominicana—, en ocasiones con la alarma de los partidos comunistas locales. Este ataque a la doctrina Monroe provocó el malestar de la URSS, que hacía tiempo que había adoptado una estrategia de «coexistencia pacífica» con Occidente, tras aceptar las demarcaciones acordadas en Yalta, maniobrando sólo de manera cautelosa en el Tercer Mundo. El papel de China, con sus imprevisibles alianzas de la Guerra Fría, fue el de un jugador añadido en una escena mundial multipolar.

Cuba trató de forjar su propio camino al lado de aquellos gigantes: pensó que la solidaridad y el apoyo hacia los movimientos de liberación nacional en el Tercer Mundo alentarían la formación de un bloque de Estados libres del dominio colonial estadounidense y europeo, pero también independiente de Moscú y de Pekín. Ante el fracaso de las guerrillas en América Latina, de las continuas incursiones paramilitares amparadas por la CIA y del tensamiento del cerco económico por parte de Estados Unidos, en ese momento los cubanos «intentaron protegerse de las mandíbulas del león» golpeando al imperialismo en otra parte. El centro de interés se trasladó a África.

¹ Piero GLEJESSES, *Conflicting Missions: Havana, Washington and Africa, 1959-1976*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2001, 552 pp.

Piero Gleijeses ha realizado un estudio impresionante e instruido de la intervención cubana en África, abordando desde la poco conocida misión en Argelia en 1962 a su decisiva intervención puntual en Angola en el otoño de 1975. Una vez que obtuvo el acceso a los archivos de La Habana, algo sin precedentes, Gleijeses realizó entrevistas a figuras clave no sólo de la dirección cubana, sino también del Departamento de Estado y de los movimientos africanos como el PAIGC en Guinea Bissau y el MPLA en Angola. *Conflicting Missions* –un documento único en el que se recogen los logros y los reveses cubanos– ofrece una explicación de los acontecimientos más exhaustiva de lo que ha sido posible hasta ahora. También dispensa un juicio severo a la política estadounidense en África: «aletargada y aturdida hasta ser galvanizada por la crisis»; Gleijeses revela decisiones completamente irreflexivas tomadas por los halcones de Washington durante la Guerra Fría a pesar de contar con informes detallados y cautelosos del servicio de inteligencia. Pero la aportación más importante del libro descansa en el análisis que realiza del proceso mediante el cual Cuba tomó sus decisiones fundamentales. Gleijeses demuestra que las intervenciones en África, si bien con frecuencia encontraron posteriormente la aprobación de Moscú y encajaron con su política, fueron tomadas enteramente por iniciativa propia de los cubanos, lo cual hace saltar el mito de Cuba como agente soviético.

La primera ayuda militar que Cuba envió a África llegó en una nave y fue descargada en Casablanca en enero de 1962 para ser llevada al campo del Frente de Liberación Nacional en Oujda, en la frontera argelina. Los cubanos se habían identificado con la lucha por la independencia en Argelia incluso antes del derrocamiento de Batista. Cuba fue el único país del hemisferio occidental que reconoció al gobierno de Argelia en el exilio en 1961, lo que motivó una visita de agradecimiento de Ahmed Ben Bella a La Habana en 1962, memorable no sólo por el lazo afectivo que se forjó entre dos jóvenes líderes revolucionarios, sino también por el revuelo que levantó la visita en Estados Unidos. Después de abandonar Cuba en diciembre de 1961 cargado con 1.500 fusiles, 30 ametralladoras, 4 morteros y munición, el *Babía de Nipe* regresó a La Habana con 76 combatientes heridos y 20 huérfanos de guerra, quienes, en una muestra de lo que sería una de las mayores contribuciones a los movimientos de liberación africanos, iban a ser educados en Cuba. En 1963 le sucedió una misión médica formada por 29 doctores, 3 dentistas, 15 enfermeros y 8 asistentes médicos. El cerebro de la operación, el ministro de Salud Pública José Ramón Machado Ventura, describía este sacrificio voluntario de recursos humanos de vital importancia haciendo una equiparación con «un mendigo que ofrece su ayuda... pero sabíamos que el pueblo argelino lo necesitaba incluso más que nosotros y que se lo merecían».

El fracaso de la siguiente intervención cubana –en 1965 en el Congo– ha sido suficientemente documentado, sin faltar el concurso del propio líder de la columna, Che Guevara. Gleijeses en este punto defiende que su presencia en África no era tanto la expresión de un anhelo personal por la

aventura, como sugieren algunos, sino precisamente un indicador de la fundamental importancia de esa misión para la política exterior cubana. Un informe pormenorizado del viaje de Che Guevara a África a finales de 1964 y principios de 1965 sostiene esta afirmación: en Argelia, Mali, Congo-Brazzaville, Guinea, Ghana, Benin y Tanzania contactó con un conjunto de gobiernos africanos y movimientos de liberación; especialmente con el MPLA en Brazzaville y los Simbas en Dar Es Salaam. La rebelión Simba había comenzado en el verano de 1964 en la provincia de Kivu cuando los seguidores de Lumumba se levantaron contra un régimen corrupto apuntalado por el ejército de Mobutu y por miles de soldados de la ONU. Después de la partida de las fuerzas de la ONU, los Simbas comenzaron a derrotar al ejército congoleño, a pesar de que contaba con el apoyo de la ayuda estadounidense. La resaca sólo pudo remontarse con mercenarios blancos reclutados por la CIA en Sudáfrica, Rodesia y Francia, que avanzaron brutalmente sembrando la destrucción por el territorio Simba. Indisciplinados, paupérrimamente armados y a menudo sin líderes durante meses, los Simbas no fueron un contrincante para los ejércitos mercenarios, que pronto confinaron a los rebeldes y a la columna del Che en la base de Fizi Baraka. La cobertura aérea y las lanchas patrulleras de la CIA cortaron las vías de suministros a través del lago Tanganika y al terminar octubre Tanzania decidió cerrar completamente el acceso a los rebeldes como una prueba, en palabras de presidente de Tanzania Julius Nyerere cuando se refería a la destitución del primer ministro Moisés Tshombé, antiguo líder de la secesión de Katanga y partícipe en el asesinato de Lumumba, de que el Congo estaba en proceso de convertirse en un «país africano normal».

En poco más de quince días se acabó con la rebelión Simba. Tras considerar si merecía la pena permanecer con un grupo de combatientes de elite, Che partió con reticencias en noviembre de 1965; cuatro días después Mobutu tomó el poder. En este caso, las raíces del fracaso cubano descansan en su dependencia de informaciones precarias y de segunda mano, así como en la confusión de sus aliados. Gleijeses reproduce extensos testimonios de cubanos miembros de la expedición que confirman la decepción. Presentan, sin embargo, mayor importancia las entrevistas de Gleijeses –concretamente la sostenida con Víctor Dreke, lugarteniente del Che en el Congo y posterior jefe de la misión en Guinea Bissau–, ya que desbaratan la interpretación de la campaña que el conocido disociado Benigno recoge en su libro *Vie et mort de la révolution cubaine* (1966). Como bien confirma el propio libro de Dreke (*Escambray to the Congo*, 2002), Benigno nunca formó parte de la expedición al Congo; un hecho que no sólo siembra de dudas la veracidad del conjunto de su relato, sino que también sirve como una sana precaución ante el libro de Jorge Castañeda *Compañero: the Life and Death of Che Guevara* (1997), el cual se basa ampliamente en la versión de los hechos de Benigno.

Al mismo tiempo que la columna del Che se enfrentaba al desastre en el Congo, otro grupo de 250 hombres dirigidos por Jorge Risquet, miembro

de la Secretaría del Partido Comunista Cubano, estaba en la vecina antigua colonia francesa de Congo-Brazzaville, en una misión prácticamente desconocida. Aquí se trataba de formar una milicia para proteger el régimen de Alphonse Massamba-Débat de la amenaza de una incursión por parte del ejército de Tshombé y de una tentativa de golpe de Estado por parte del ejército nacional entrenado por Francia y el cual ahora, irónicamente, estaba siendo instruido por los soviéticos. Cuando estalló la revuelta en junio de 1966, la presencia de los cubanos demostró ser decisiva a la hora de contener la crisis. Sin embargo, el gobierno que rescataron, escindido a causa de viejas venganzas y de la polarización étnica, no cumplió con las expectativas. Había poca sustancia tras la retórica izquierdista de Massamba-Débat; cierto estudioso se ha referido a la lucha de liberación congoleña como a una «revolución de salón». El sentimiento anticolonial presente fue embozado para aplacar a los antiguos amos que todavía controlaban las industrias más importantes; Massamba-Débat se refería a Francia y al Congo como a «un viejo matrimonio». La importancia de la misión congoleña descansa por el contrario en las conexiones forjadas en Brazzaville con el MPLA y el PAIGC de Guinea Bissau.

A partir de 1965 el papel de Cuba en la lucha por la liberación de Guinea Bissau se convirtió en un secreto muy bien guardado, ya que Amílcar Cabral estaba firmemente determinado a hacer de la confianza en la propia potencia la clave de su movimiento. Las ofertas para incrementar el tamaño de la misión militar fueron sistemáticamente rechazadas; a pesar de todo, como demuestra Gleijeses, los 50 o 60 cubanos presentes en el país —instruyendo a los guineanos en el uso de la cada vez más sofisticada artillería soviética y de las minas de tierra— fueron vitales en la guerra de desgaste librada por el PAIGC contra los portugueses. No carece de argumentos la opinión de que los humillantes reveses sufridos en esta diminuta colonia desencadenaron el golpe militar que depuso a Caetano en abril de 1974 y que ocasionó efectivamente el colapso del imperio portugués. Al igual que en otros lugares, la asistencia cubana cobró muchas formas, y entre ellas la provisión de personal médico y de becas para estudiar en Cuba no fueron las menos importantes. A pesar de que el PAIGC sostenga lo contrario, las entrevistas de Gleijeses mantenidas con doctores guineanos y cubanos revelan que 40 cubanos llevaban el peso de todo el trabajo médico en las áreas liberadas de Guinea Bissau, y que de los 8 doctores y 5 ayudantes y dentistas guineanos formados en Bulgaria y en la Unión Soviética entre 1968 y 1974, sólo 5 trabajaron alguna vez en Guinea Bissau. La política del PAIGC de planificar el futuro enviando a sus graduados al extranjero para perfeccionar su formación únicamente fue posible gracias a los voluntarios cubanos.

Guinea Bissau obtuvo efectivamente la independencia a finales de 1973, y la junta que tomó el poder en Portugal en 1974 firmó al poco tiempo un acuerdo con Frelimo que garantizaría a Mozambique su independencia en un año. En Angola, los portugueses acordaron el cese de hostilidades con los tres movimientos de guerrilla: el MPLA —con mucho el más

grande y de tendencia más izquierdista– y los ineficientes y corruptos FNLA y UNITA. También se nombró un gobierno provisional para conducir el país a través de las elecciones previstas para octubre de 1975. Horrorizado por los informes emitidos en la oficina de la CIA en Luanda –la cual sorprendentemente permaneció cerrada entre 1967 y 1975–, donde se recogía que el MPLA no sólo era el ganador más probable de una guerra civil en Angola, sino el que formaría el gobierno más estable, Estados Unidos reforzó la ayuda encubierta a los dos movimientos que se le enfrentaban.

Tal y como nos muestra Gleijeses, la política estadounidense –anteriormente afianzada por el apoyo de la represión colonial portuguesa– estaba dominada ahora por la obsesión anticomunista de Kissinger, que le llevaba a ver infiltraciones soviéticas por todas partes. En enero de 1976 comunicó al Congreso que en agosto del año anterior, «consejeros, instructores y tropas militares cubanas y soviéticas, inclusive la primera tropa de combate cubana», estuvieron en Angola. Los documentos de la CIA cuentan una historia diferente, informando correctamente sobre la llegada de consejeros militares cubanos en los primeros días de octubre. Entretanto, la oficina de la CIA en Lusaca parecía estar dedicada básicamente a bombear propaganda contraria al MPLA más que a proporcionar informes bien fundados. Pero la desinformación intencionada no se reducía a los órganos del gobierno: la prensa estadounidense hacía la vista gorda sobre las conexiones de Jonas Savimbi con el gobierno portugués, al igual que hizo previamente con los crímenes de los mercenarios en el Congo, memorablemente descritos por la revista *Life* como «jóvenes estudiantes de corte violento». Con esto Gleijeses sólo confirma la subordinación habitual de la prensa occidental a las necesidades de la «seguridad nacional».

El silencio aplastante de los medios de comunicación se mantuvo las cinco semanas que duró la invasión sudafricana de Angola en el otoño de 1975. Allí el desorden había comenzado en enero, nada más establecerse el gobierno provisional, a causa del miedo del FNLA de ver erosionada su ventaja militar sobre el MPLA por la mayor organización e impulso político de esta última organización. Estados Unidos y Sudáfrica enviaron armas y Mobutu aportó las tropas del ejército de Zaire cuando el FNLA organizó una ofensiva contra Luanda en agosto de 1975. Esta ofensiva fue repelida por el MPLA, que rápidamente ganó terreno en otros frentes y consiguió el control de 12 de las 16 provincias a mitad de octubre. Sudáfrica, que en un principio trató de contrarrestar este éxito incrementando los fondos destinados al FNLA y a la UNITA, se vio obligada a enviar a finales de ese mismo mes cerca de mil soldados de sus propias tropas, los cuales pronto iban a cubrir 45 millas al día siguiendo la costa hacia Luanda, derrotando al MPLA gracias a su superior capacidad de fuego y a la cobertura aérea.

La intervención cubana cambió el rumbo de los acontecimientos. Al día siguiente –el 10 de noviembre, en vísperas del día de la independencia–

desembarcaron 650 soldados de las fuerzas especiales cubanas; el FNLA y los mercenarios portugueses fueron vencidos de modo aplastante en Quinfangondo, al norte de Luanda, dejando su moral hecha trizas. El 23 de noviembre, los cubanos comandados por Raúl Díaz Argüelles infligieron una derrota crucial en Ebo a un grupo compuesto en su mayoría por sudafricanos y miembros de la UNITA y del FNLA, sin que el MPLA tuviera que intervenir en absoluto. Cuando aumentaron las disputas entre la UNITA y el FNLA, el Congreso estadounidense votó en contra de enviar más fondos para las operaciones de la CIA en Angola y los sudafricanos emprendieron su retirada en enero de 1976. Para Estados Unidos se trató de una debacle.

Gleijeses insiste en la trascendencia de esta inversión en los acontecimientos infligida sobre el SADF por parte de un ejército afro-caribeño, llamando la atención sobre los alzamientos de Soweto que se iniciaron tres meses más tarde. La cuestión racial es un tema recurrente en el libro, dado que la mayoría de los cubanos enviados a África a las tempranas campañas clandestinas eran de origen africano, hecho que a menudo llevó a los servicios de inteligencia a no reparar en absoluto en la presencia de cubanos. (El juego se echó a perder hilarantemente en Brazzaville en 1976 cuando estaban de moda las barbas y el puro.) En un discurso pronunciado el 19 de abril de 1976, Castro se refirió a la victoria en Angola como a un «Girón africano» proclamando que los cubanos tenían una deuda de solidaridad con África por la sangre africana derramada en la lucha de Cuba. El nombre dado a la misión cubana –Operación Carlota– rinde homenaje a una esclava negra que dirigió una rebelión fracasada en 1843, en la misma fecha en la que se tomó la decisión de enviar inmediatamente tropas a Luanda.

Una de las partes más fascinantes de este libro es el análisis del proceso que subyace a esta decisión. Una vez sentado que ni el Comité Central Cubano ni el Buró Político fueron consultados, Gleijeses concluye que 30.000 soldados cubanos fueron enviados a Angola entre noviembre de 1975 y marzo de 1976 solamente con la autorización de Raúl Castro y de Fidel, y a pesar de que previamente Breznev se hubiera negado a dar su aprobación a tal operación. El respaldo soviético tardó en llegar: el transporte aéreo soviético a gran escala no comenzó sus vuelos desde La Habana hacia Luanda hasta enero de 1976, después de que la presión estadounidense sobre Barbados y Guayana hubiera impedido repostar a los pequeños aviones cubanos.

Las relaciones cubano-soviéticas se animaron considerablemente después del brillante éxito en Angola, ya que la completa derrota de la UNITA y del FNLA fue, por delegación, una ignominiosa derrota para Estados Unidos. Pero a pesar de que Gleijeses puntualiza agudamente la independencia con la que Cuba tomó las decisiones más relevantes, hay que destacar que hubo muy pocas ocasiones en las que la política exterior cubana y la soviética entraran en conflicto. Concretamente esto se produce tras 1968

y el aplastamiento de la Primavera de Praga, a la cual –tras un silencio– La Habana prestó su apoyo. El hecho de que el libro tome como punto final 1976 permite una conclusión victoriosa, que de otro modo hubiera sido inalcanzable; pero también significa que el talento investigador forense de Gleijeses todavía no se ha dirigido a los momentos más controvertidos de la historia cubano-angoleña; particularmente al juicio y la ejecución en 1989 por corrupción del general Arnaldo Ochoa, un héroe de la campaña en Angola. La esperanza reside en que estos temas serán abordados en un volumen subsiguiente.

Conflicting Missions es una formidable pieza de estudio, que incluye una turbadora cantidad de documentos, artículos y libros en inglés, francés, portugués y *africaans*, junto a las incontables entrevistas y la correspondencia personal manejada por Gleijeses. Motivado por la percepción encomiable de que tras la victoria estadounidense en la Guerra Fría «es importante que los vencidos encuentren una voz», es, sin embargo, destacable el hecho de que la historia de las misiones africanas de Cuba tenga que ser relatada por un historiador italiano radicado en una universidad estadounidense. La escasez de declaraciones cubanas puede deberse en parte a la completa derrota ideológica del socialismo. Pero Gleijeses también observa que los africanos «no tienen prisa por relatar la historia de Cuba», que quizá constituya un legado sombrío frente al ascendiente del neoliberalismo. Incontables médicos en Guinea Bissau han «descubierto», en palabras de Gleijeses, «las virtudes del ejercicio profesional privado», olvidando el sistema de salud gratuito que los cubanos procuraran un día a su país; en 1997, Ben Bella negaba que hubiera solicitado nunca asistencia a Castro durante la guerra entre Argelia y Marruecos en 1967.

El sabotaje activo, por parte de Estados Unidos y de las potencias europeas, de las misiones de la ONU en Ruanda durante el genocidio de 1994 plasma el agudo contraste con la Operación Carlota y las innumerables becas concedidas por Cuba a los estudiantes africanos. Las iniciativas por el «mantenimiento de la paz», del estilo de la reciente arremetida francesa para proteger a una mínima población blanca de Costa de Marfil, parece que fueran toda la asistencia que los africanos pueden esperar proveniente de más allá de sus orillas. La ausencia de alguna alternativa a la hegemonía estadounidense en una escena mundial unipolar excluye por el momento la formación de proyectos tan estupendamente ambiciosos como lo fueron los de Cuba en el periodo cubierto por *Conflicting Missions*. El gran valor del libro de Gleijeses descansa en su meticulosa reconstrucción tanto de la política exterior cubana como del contexto en el cual fue posible. Tal y como Gleijeses aconseja en su prefacio, «éste no es un ejercicio sentimental»: su exposición del heroísmo cubano y del autosacrificio trae aparejadas lecciones severas pero ineludibles.